

## VÍCTOR HUMAREDA EN SAN ISIDRO

Lic. César Ángeles Loayza  
Docente del Departamento de Educación

Para Sérvulo y Tilsa

**P**uno se halla entre los departamentos más pobres y maltratados. Recientemente, allí hubo muertes y heridos de bala por la represión desatada contra las protestas a causa del pasado Estado de Emergencia. Asimismo, en Puno han nacido artistas y movimientos esenciales para el quehacer cultural del Perú, dándole la contra al destino o a la historia de segregación de las provincias en el país, para ser más exactos. Basta recordar al grupo Orkopata y a su líder Gamaliel Churata; al genial poeta vanguardista Oquendo de Amat y sus "5 Metros de Poemas"; al internacionalmente celebrado fotógrafo Martín Chambi, y más contemporáneamente al extraordinario pintor Víctor Humareda (1920 - 1986) que dio color a Lima en sus pinturas, sobre quien trata el presente artículo.

*"Considero que lo esencial en el pintor es pensar"* (Víctor

Humareda, en diario La Crónica, 7 septiembre de 1952, citado en la columna "Crónica de Arte").

Fui a ver la más reciente muestra

antológica (1948-1986) de Víctor Humareda que se expuso en el Centro Cultural de la Universidad Católica en San Isidro, con dos alumnas muy jóvenes 16, 17 años de una universidad nacional, donde por entonces trabajaba. Hago esta breve introducción porque en ello se entrelazan diversos asuntos, como se verá a continuación.

La primera vez que tuve noticias de la pintura de Humareda fue como una revelación. Imagino que algo semejante, quizá en diferente grado, sintieron Tania y Verónica al ver esta exposición. Sus comentarios iban en el sentido de los que tuve aquella primera vez: la admiración por el empleo del color, de los contrastes, de la sombra y acerca del misterio poético en los motivos pictóricos de Humareda. Esta suerte de fiesta cromática tenía una llamativa y contradictoria relación dramática con los personajes y ambientes solitarios, pobres y marginales de esta pintura. Un halo de romanticismo extemporáneo impregna las telas de Víctor Humareda.

La exposición ofrecía trabajos

que presentaban algunos rasgos testimoniales y autobiográficos del pintor puneño. Entre ellos figuraban algunos de sus autorretratos, solo o formando parte de escenas estáticas o en movimiento, sus recorridos por diversas calles y barrancos de Lima<sup>1</sup>, retratos del mar, de su habitación -en claro homenaje a su admirado Van Gogh-, la puesta en escena de la fiesta taurina, o de caballos en movimiento e interacción, así como su evocación y familiaridad vital con artistas de cine. Entre todo ello destacaban, por diferentes, dos óleos: el de un incendio en una casa y el de una escena de la matanza en Uchuraccay; trabajos que, llamativamente, aparecían como marginales y marginados dentro del marco textual ofrecido por la curaduría. Una exposición, pues, que daba la síntesis apretada de ese vitalismo heroico del gran pintor que fue Humareda.

Heroico porque a semejanza de la mayoría de inmigrantes andinos artistas o no, literatos o no sacó adelante sus objetivos, sueños y energías creativas venciendo un sinfín de dificul-

<sup>1</sup> Ciudad que adoptó como suya desde su migración en 1939 al llegar de Lampa (Puno), en una relación intensa que lo condujo a vivir en una zona socialmente en hervor constante como la Parada y en un pobre hotel de nombre "Lima", precisamente, los retratos del mar, de su habitación.

tades y marginaciones desde el poder. Los homenajes y condecoraciones tardíos, pomposos e inútiles, a don Víctor Humareda no sólo no le apagaron su fuego y genio creativo, rebelde, sino que de seguro ampliaron aún más su ancha sonrisa fruto de su sano y humano humor, antes que de la venenosa, cuando no obscura, ironía satírica.

Humareda, a la manera del poeta Juan Gonzalo Rose y otros creadores como él, fue y es un hombre bueno, un niño grande si por "niño" entendemos la fascinación de la inocencia ante la vida, los meandros y sujetos de la realidad y ante la muerte misma. Esa infancia que amplía y enriquece el corazón, el trazo, la escritura y el color finalmente.

En este sentido, y considerando su voluntario retiro a esa zona limeña poblada de personajes populares, también migrantes como él, en muchos casos aún lumpenizados, o prostituidos en la pobreza, Humareda se nos aparece semejante en su acto a Martín Adán, el gran poeta de *Travesía de extramuros* y *La Casa de cartón*, quien decidió retirarse a vivir en una habitación del Hospital Psiquiátrico Víctor Larco Herrera. Pero quizá la diferencia principal entre ambos esté en el humor de Humareda y la profunda ironía de Adán. De ahí que si no yerro en mi evoca-

ción, pienso que a pesar de tanto oportunismo, latrocinio y mercadeo con su obra, y ese cáncer que le quitó la voz (producto de la convivencia mortal con los químicos para pintar en su cuartotaller)<sup>2</sup>, Humareda murió con algo como una sonrisa en la mirada; mientras que Adán tuvo una muerte más dura, me parece, y más herida en su soledad. Después de todo, don Víctor Humareda siempre se jactaba de hablar con hermosas estrellas de cine como Marilyn Monroe o Silvia Kristel... o con maestros de la pintura como Rembrandt, Goya, Munch y siempre Velázquez, siempre<sup>3</sup>. Todo lo cual, de seguro, le suplía sus amistades no siempre desinteresadas ni auténticas.

Al igual que Van Gogh, Humareda se fue en la pobreza económica y, sin embargo, hoy vemos que sus cuadros, por no tan extrañas razones de mercado y desdichado sentido de la oportunidad, se cotizan en sumas que le hubieran permitido vivir con más holgura y quién sabe qué más hubiera hecho. Al respecto, son una denuncia quemante las palabras de ese otro gran pintor expresionista David Herskovitz norteamericano feliz y creativamente radicado entre nosotros, desde 1960: "Humareda está unido al sufrimiento que pintaba. Su vida ha podido ser más tolera-

ble, si hubiera tenido el patrocinio de personas menos circunspectas. Lo que el maestro necesitaba más que nada eran los ingresos monetarios para capacitarlo a seguir viviendo en su sacrificada forma, en el distrito de La Parada, en un espacio adecuado, con buena iluminación y ventilación, buen cuidado médico desde el principio y poder conseguir los materiales de superior calidad con qué realizar su visión estética. ¿Quién hubiera podido decir que bajo estas condiciones Humareda haya podido sorprendernos con insospechadas y calificadas obras, siempre expresando su inimitable visión con la que se ahonda aún más la reputación de este maestro contemporáneo? Víctor Humareda pasaba su vida en la auténtica forma del creador artístico que sufre, que ha tenido aquel raro valor de acercarse al fin de sus días, siguiendo su divina misión de pintar" (Lima, 1987; citado en el libro ya mencionado sobre Humareda).

Mientras veía a estas jóvenes interesadas y fascinadas por el trabajo de Humareda, me preguntaba también qué secreto habita estos cuadros y apuntes, para que pasados los años, cambiados los temas, técnicas y ritmos, alguien como Humareda pueda llegar directamente al sentimiento de dos jóvenes poco o nada iniciadas en la pintura. Sólo se me ocurre que es la vida

<sup>2</sup> "Soy un solitario. No me gusta la sensación de hogar, por eso vivo en un hotel. Es impersonal, en mi cuarto duermo y pinto. Todo está en desorden, esa es mi vida". (Víctor Humareda, citado en el libro *Víctor Humareda*, publicado por el Banco Industrial del Perú; 1987; Lima 218p.).

<sup>3</sup> Dedico esta muestra a mis maestros don Diego de Velázquez, Rembrandt, Manet, don Francisco de Goya, Renior, Gutiérrez Solana y Toulouse Lautrec" (Víctor Humareda, escrito de puño y letra en el catálogo de su exposición individual en la Galería de Arte Mutual Perú; Lima; 1974).

que habita esos óleos; quién sabe si también su realismo; pero sobre todo, y al igual que lo que acontece con otros artistas y escritores aquí mencionados, imagino que lo que nos llega más hondamente es la libertad y alegría en la composición de esta poética, ese grito expresionista que más allá de generaciones y lugares específicos, determinados, seduce y atrapa fácilmente la sensibilidad de quien se acerca a Humareda... quizá porque ese grito de libertad es nuestro más íntimo deseo.

Eso también pude registrar al leer el cuaderno de visitas, donde no era difícil detectar trazos jóvenes en las escrituras de algunos visitantes: escolares, universitarios, gente de la calle. Entre esa multitud de saludos, abrazos y agradecimientos *post mortem* a Humareda, también se colaban a veces algunos besos y lágrimas fraternas, y una radical dedicatoria que atacaba a la burguesía nativa que supuestamente para ese o esa visitante hoy medra de obras como las legadas por Humareda. Aquí queda consignado.

Recuerdo que a alguien que fue bello e importante en mi vida, una vez le hice una apuesta que consistía en obsequiarle mi amado libro de Humareda. Perdí la apuesta y con una extraña mezcla de felicidad y melan-

colía, cumplí mi promesa. Espero que haya servido para fomentar su incipiente comienzo en la pintura. Como sea, antes de cumplir la apuesta me aseguré de que en casa mi padre hubiera comprado otro de esos costosos libros de Humareda, con textos de crítica, fotos de sus cuadros, y diversos detalles biográficos, que es lo que tengo aún hoy.

Sólo una vez vi a Humareda. Fue en un chifa barranquino, por la época que alquilé en ese distrito una habitación en una azotea para dar forma final a mi primer libro de poesía. Cruzamos un par de mensajes mediante la libreta de notas que llevaba en su bolsillo. Ya no podía hablar, debido a una operación de laringe y cuerdas vocales. Apuntó mi nombre y no sé qué más. Pero, como siempre lo recuerdo, tenía la mirada muy vivaz, divertida y una amable sonrisa con la que me explicó que apenas bajaba para orinar, porque un taxi lo esperaba en la calle.

Al ver la exposición en el bien cuidado Centro Cultural de la Universidad Católica, me he preguntado caminando entre sus colores y sus voces, qué hubiese sentido Humareda en el *vernissage* y los *cocktails* de ese día, con la gente que de seguro llenó los dos pisos de la exposición aquí comentada. Me pregunto si los guardianes lo

hubiesen dejado entrar, o le habrían revisado su saco y su extraño sombrero. Felizmente, sobre la puerta de entrada había una inmensa foto del rostro de Humareda soltando una carcajada que debe haber resonado aquella noche sobre muchos y muchas de los allí presentes.

**DOCUMENTOS** (citados en el libro mencionado sobre Humareda)

### **1. FRAGMENTOS DE CARTAS A SU MADRE, DESDE PARÍS, DONDE PERMANECIÓ UN MES EN 1966**

“Mi situación en París se está tornando angustiada al extremo. La plata se está acabando. Ninguna persona compra aquí cuadros. He hecho un Quijote que nadie lo quiere. No sé francés. Los amigos peruanos sólo invitan un té. Envíeme el pasaje de retorno a Lima. El dueño del hotel no tendría ningún miramiento en echarme a la calle. Además, el invierno comienza y mi salud es delicada. Aquí nadie me conoce.” (1 de noviembre).

“En el momento en que le escribo está nevando. Quedarme aquí significaría la muerte. Se terminan los francos. Me quedan 60. Dentro de dos o tres días no tendré nada. Lloro todos los días. En qué hora hice este viaje fatal

para mí. Usted no sabe cuánto me pesa haber hecho el viaje. Rembrandt, Goya, Velázquez, Gauguin, Toulouse Lautrec, El Greco, son los culpables por mirarlos auténticamente. Me vienen una pena y una nostalgia indescriptibles. Sólo pienso en Lima. ¡Gente extraña hablando francés a todas horas!” (3 de noviembre).

“Ya se terminó el dinero. Iré a dormir no sé dónde. De esta situación yo solo soy el culpable. Mándeme el pasaje a la Embajada del Perú (...) Voy a ver si Rodríguez Larraín o Piqueras me dan hospedaje. Estoy comiendo en la casa de Gerardo Chávez. Hoy salgo de la 16, Rue Nancy. Nadie quiere mi pintura.” (Días después).

### 1.1 PD

Tacora es mejor que París (Humareda, al desembarcar en el Callao, de vuelta de Europa en el vapor Verdi).

## 2. CARTA NOTARIAL A UN COMPRADOR MOROSO

“Lima, 15 de noviembre de 1978

Señor:

Hace más de un año que me tiene usted clavado a una cruz y no veo

en el horizonte forma alguna o Quijote a la vista que me alivie de este perenne estado de angustia producido por usted.

¿Por qué no me paga lo que me debe por el cuadro que a mala hora le vendí hace más de un año?

Durante ese tiempo usted no ha hecho otra cosa que obligarme a hacer largas antesalas en su lujoso estudio para luego, con evasivas, decirme que no tiene dinero, que todavía no le pagan y, finalmente, con malos tratos a mi persona, decirme que no me adeuda nada.

¿Será mi destino ser burlado y mal pagado como César Vallejo? Mi trato con usted siempre ha sido cordial, amable y sencillo. Ese es mi estilo. Ese es Víctor Humareda. Pero usted ha abusado de mi amistad y donde vio gentileza ha creído percibir debilidad. No será usted mi biógrafo.

La universidad a nombre de la nación le ha otorgado el título de abogado. Pero carece usted de sensibilidad al prójimo. En sus paredes no cuelgan Humaredas, sino telas manchadas. Si usted no cree en su propia alma menos puede captar la mía.

Hace más de un año, por la

amistad que me invocaba, le vendí el cuadro de mi creación por la irrisoria suma de 15,000 soles y después de mucho sudor y desgaste de suela, sólo me ha pagado 4,400 -cantidad pagada a puchos-. Modalidad que no está a la altura de su profesión. Ni de la mía.

La profesión del pintor no puede ser regateada, limosneada ni envilecida.

POR TANTO, le pido a usted que reflexione y que no quede mal. Págueme los 10,600 adeudados o devuélvame mi cuadro. Ya verá como en esa misma oportunidad le devuelvo sus 4,400 soles ¡Y santas paces!

Pero como en la vida todo tiene su límite, el suyo es hasta el lunes 21 del presente mes. Después de esa fecha me veré obligado a defender mis derechos en la forma que mejor me convenga.

DESATENTAMENTE,

Víctor Humareda Gallegos

Domicilio:  
MUSEO HUMAREDA  
Hotel Lima (Dpto. 283)  
Av. 28 de julio 2560  
La Victoria”



“Mujer”  
Pintura de Enrique Galdos Rivas